

José M. Roca

El *sesentaiocho*. 50º Aniversario

Se cumple este año el quincuagésimo aniversario de los fenómenos de agitación juvenil y movilización social que, en 1968, emergieron de forma espectacular en varios continentes, con la particularidad de que, sobre todo, en el lado Occidental y en Japón, se produjeron en economías desarrolladas, con regímenes políticos estables, instalados en el neocapitalismo y la sociedad de consumo, y en algunos países de Europa, con aceptables estados del bienestar.

Tuvieron como telón de fondo la guerra de Vietnam, la revolución cultural en China, la "desestalinización" en el bloque socialista, los ecos de la revolución cubana, las guerrillas y los golpes militares en América Latina, las guerras de liberación en África y la tensión entre Estados Unidos y la URSS.

El año 1968 fue un año rico en acontecimientos mundiales en una década que también lo fue, pero referido a los movimientos de protesta más conocidos que sacudieron con distinta intensidad unos u otros países, están el "68" francés, intenso, estudiantil y también obrero; libertario, primaveral y parisino, que asustó a la Francia del general De Gaulle; que señaló el crecimiento del SDS (Federación Socialista de Estudiantes) y el atentado contra Rudi Dutschke en Alemania; que fue breve y aburrido en la Inglaterra del primer ministro laborista Harold Wilson; fue dramático en Checoslovaquia, por el final *manu militari* de la primavera de Praga, así como en Méjico, por la matanza de estudiantes -también *manu militari*- en la plaza de Tlatelolco.

Hubo, claro, un 68 español, de menor entidad bajo la dictadura franquista, y también otro japonés. Y el norteamericano, de mayor magnitud y dramatismo por los sucesos de ese año, en que el mundo asistió a la airada movilización de jóvenes, sobre todo estudiantes, y también de trabajadores, en Nueva York, Washington, San Francisco, Chicago, Detroit, Los Ángeles, París, Londres, Berlín, Roma, Yakarta, Méjico, Tokio, Buenos Aires...

Acontecimientos que llegaron precedidos de otros, que han quedado a la sombra del 68, como "la noche de los bastones largos" en Argentina, la actividad de los *kabouters*, *kra-kers* y *provos* en Holanda, la oposición a la Ley de Emergencia y las protestas contra la guerra de Vietnam en Berlín, en 1966, y luego contra la visita del sah de Persia (con la muerte de un manifestante) y la comuna en Berlín o el pujante movimiento obrero en España, en 1967, a los que seguirán de modo inmediato, el "cordobazo" argentino y el otoño caliente italiano en 1969, que ya anuncian la progresiva radicalización del movimiento obrero y las respuestas violentas y desesperadas de las izquierdas más extremas.

Por la ingente cantidad de información disponible sobre aquellos años y las celebraciones que se han hecho después, el "68" queda al alcance de la mano en forma de libros, revistas, fotografías, posters, carteles, documentales, frases, consignas, canciones, himnos, ropa, moda; mercancías, productos de consumo, fetiches en suma, pero, teniendo en cuenta lo que ha cambiado el mundo desde entonces y, sobre todo, habiéndose agotado el espíritu de rebeldía que animaba aquella etapa, esa distancia de sólo cincuenta años parece de un siglo.

El tiempo ha pasado de modo inexorable y de poco sirve añorar el idealismo de los años mozos, cuando todo ofrecía un aspecto nuevo, que, dolorosamente, se fue perdiendo a

medida que este viejo mundo iba mostrando con su edad que, en el orden humano (o inhumano) que construimos como podemos, hay pocas cosas realmente nuevas bajo el mismo sol. Aun así, los sucesos no sólo de aquel año excepcional sino de aquella década también extraordinaria, merecen unas reflexiones.

El mundo desordenado

De la protesta juvenil, de la insubordinación ciudadana, del afán por cambiar las cosas, tanto en países del área capitalista como del área socialista, la primera idea a destacar es la ruptura del orden erigido sobre dos bloques ideológicos y dos modelos económicos opuestos, establecido después de la II Guerra mundial. El orden político, militar, económico y financiero, acordado en las conferencias de Bretton Woods (julio, 1944), Yalta (febrero, 1945), Postdam (julio, 1945) y San Francisco (abril-octubre, 1945), y las organizaciones que lo habrían de mantener (ONU, Banco Mundial, FMI) y, en 1949, la OTAN, y luego en Pacto de Varsovia y el Consejo de Ayuda Mutua (CAME o COMECON) del lado opuesto, definen un orden bipolar: Occidente, liberal y capitalista, que, ante un imperio británico en declive, queda bajo la hegemonía de Estados Unidos, y Oriente, socialista y colectivista, bajo la hegemonía de la URSS, disputada después por China. Los sucesos del 68, tomando ese año como epítome de la época, expresan, en el occidente capitalista, el malestar de las generaciones de postguerra ante la sociedad en que les ha tocado vivir y el papel que les aguarda en ella -vivir para trabajar, trabajar para consumir-, de ahí viene el gran rechazo del mundo adulto, del mundo recibido, del que habla Marcuse en *El hombre unidimensional* y en *El final de la utopía*.

En los países socialistas, será el rechazo a la fallida "desestalinización", al modelo de gestión burocrática, a las prioridades en asuntos de defensa y orden público en detrimento de los bienes que facilitan la vida cotidiana; el repudio a la uniformidad

ideológica señalada por el partido único, a la falta de libertades y a la subordinación de los países del bloque a los intereses de la URSS. Para unos y para otros, el mundo debe cambiar, aunque haya poco acuerdo sobre cómo hacerlo, pero lo importante es intentarlo

En ambos bloques, la protesta se dirige contra el propio sistema y contra sus dirigentes, asumiendo, una parte del movimiento, valores propios de la ideología opuesta. En Occidente, la izquierda anticapitalista defiende el socialismo y la economía colectivista, en Europa del Este, se envidian los derechos civiles y la libertad de viajar, trabajar, divertirse y consumir de Occidente.

En ambos mundos está presente la bandera roja: entre los jóvenes de París y otras ciudades europeas se enarbola como símbolo de rebeldía, entre los de Praga se quema como signo de opresión.

Rebeldes con causa, confianza y optimismo

La desordenada emergencia de nuevos comportamientos sociales indica los cambios que se habían ido produciendo de manera soterrada en las sociedades neocapitalistas después de la II Guerra mundial, y que, a la altura de los años sesenta, hallaron un ambiente propicio para que los sujetos que los sentían o presentían y, sobre todo, los jóvenes, que eran quienes mejor los representaban, pudieran expresarlos de manera pública y tumultuosa. Para la población adulta, que vivía instalada en la sociedad de consumo, la llamada por J. K. Galbraith, sociedad opulenta, esos años mostraron la aparición de actitudes desconocidas, con las que la sociedad perdía su perfil tradicional y se volvía irreconocible. Una parte de la numerosa cohorte generacional, efecto de la demografía de la postguerra -el llamado *baby boom*-, reaccionó contra el mundo que se le ofrecía, porque presentía que en la sociedad tal como estaba constituida no podía hallar satisfacción a sus necesidades radicales, en el sentido que

Agnes Heller ("Por una filosofía radical") da a este término: *Llamamos necesidades radicales a las necesidades que nacen en la sociedad basada en relaciones de subordinación pero que no pueden ser satisfechas en una sociedad semejante.*

Los sueños juveniles chocaban con una sociedad conformada por objetivos poco ambiciosos, con una democracia ritual y una clase política profesional, alejada de los ciudadanos y encastillada en una administración pesada y jerárquica, con una universidad burocrática, que generaba directivos, administradores y técnicos para el sistema capitalista, una estructura familiar opresiva, donde los jóvenes eran menores de edad, un modelo productivo con objetivos engañosos servido por un trabajo alienante que tenía como estímulo un consumo compulsivo. Los jóvenes rechazaban someterse a lo que señalaba Herbert Marcuse [1981. *El hombre unidimensional*, Barcelona, Ariel]: *una ausencia de libertad cómoda, suave, razonable y democrática, señal del progreso técnico, prevalece en la civilización industrial avanzada.*

La autonomía y el desarrollo personal no se podían alcanzar en una sociedad organizada de tal modo; tampoco lo que ofrecía por medio de la publicidad y la propaganda, porque tenía un coste demasiado alto, que los jóvenes, en principio, se negaban a aceptar.

La productiva sociedad legada por los adultos, laboriosa, consumista, rutinaria y aburrida, en la cual había que integrarse resignadamente, suponía renunciar a los sueños juveniles. Por tanto la respuesta estaba en hacer lo contrario: no en adaptarse al mundo de los adultos, tan ingrato, injusto, cerrado y condicionado, sino en adaptar el mundo a la medida de los sueños; en cambiar o escapar. La sociedad opulenta prometía, pero sometía.

De ahí vino la protesta y el intento, dotado de grandes dosis de confianza, de cambiar un mundo que parecía permeable, susceptible de transformarse; sólo había que creer y empujar, no se sabía muy bien hacia dónde

o si había que hacerlo en varias direcciones, hacia donde fuera, lo importante era moverse, empujar, contestar, cuestionar, discrepar de los adultos, de los políticos que habían hecho el mundo así, tan romo, tan inmóvil, tan determinado. Y había que hacerlo pronto, porque el tiempo pasaba de prisa y había que disfrutar del nuevo mundo siendo joven.

Una de las características del momento es el culto de los jóvenes a la propia juventud, el desprecio de la madurez y aversión a la vejez. Cualquier persona mayor de 30 años es sospechosa y, por el contrario, cualquiera menor de esa edad es afín. *I wanna live fast love hard die young and leave a beautiful memory*, canta el "country singer" Faron Young.

El mito de Aquiles, que eligió tener una vida corta y gloriosa antes que otra larga y anodina, se renueva en la frase "vive deprisa, muere joven y deja un bonito cadáver", que se atribuyó a James Dean. En realidad, la frase la pronuncia John Derek en la película "Llamad a cualquier puerta", de Nicholas Ray, pero como la película es de 1949, en los años sesenta la frase era conocida y se adjudicó a quien mejor la podía representar con su muerte prematura. En todo caso, resume bien la idea de que es preferible una vida breve, disfrutada con vigor y plenitud, mejor que una existencia rutinaria y una larga decadencia; antes la muerte que la vejez.

Las mujeres se mueven

Una frase popularizada por Alejandro Dumas para señalar la causa eficiente, pero oculta, del anómalo comportamiento de un hombre, es "cherchez la femme", buscad a la mujer, en este caso, "cherchez les filles", pues la relación con las chicas fue una causa accidental del "mayo francés", paradigma de la rebeldía política y cultural, pero también exponente de la revolución hormonal que suele afectar a los seres humanos, franceses y no franceses, en torno a los veinte años.

En las protestas que, en marzo de 1967,

brotaron en Nanterre (y en Caen y en Estrasburgo) contra la reforma de la enseñanza universitaria (Plan Fouchet), estaba la petición de suprimir la prohibición que impedía el acceso de *tous les garçons* a la residencia de *les filles*. Así que quien escribió -un chico, parece-, en mayo del año siguiente, la célebre consigna "Prohibido prohibir", quizá estuviera pensando en "faire l'amour" con su novia sin tener que salvar obstáculos.

Ha escrito Francesco Alberoni ("Enamoramiento y amor") que el amor es una fuerza revolucionaria que altera las situaciones normales, lo cual no es nuevo, sino un argumento constante en la literatura universal (incluyendo, claro está, las letras de los tangos y la filosofía fatalista de los boleros), y en aquellos sucesos, que tanto debieron al idealismo y a la vitalidad de los pocos años, el amor y el sexo no podían faltar como ingredientes de la insatisfacción juvenil, cuando se ponía patas arriba la sociedad de los adultos.

La gente joven rechazaba la forma de producir, de trabajar y de consumir y las instituciones que lo representaban y protegían ("el sistema"), y sus efectos: el modo cotidiano de vivir de los adultos, las tradicionales relaciones sexuales y el patriarcal modelo familiar basado en la división del trabajo según los sexos, en la autoridad del varón convertido en jefe de la familia y en la subordinación de la mujer y de los hijos. Lo cual se debía a la tradición pero también al natalismo de los años cincuenta, que, para fomentar el aumento de la población con el que compensar la mortandad producida por la guerra, reforzaba la función de la familia, la protección de la infancia y el papel de la mujer en el hogar.

Frente a ello, los jóvenes defendían unas relaciones amorosas y sexuales más libres y auténticas, sostenidas por el afecto sincero, el compromiso entre iguales y por vínculos voluntarios y temporales por encima de los lazos legales, pues, aunque el divorcio era legal en algunos países, se consideraba una práctica propia de personas exce-

sivamente modernas y extravagantes o de gentes del cine y el espectáculo.

Quizá la ruptura más importante con el clima de opinión de la época, fuera la exaltación del placer sexual, desterrado por la Iglesia católica, al separarlo de la función reproductora, la cual se podía controlar gracias a la información sobre la planificación familiar y a medios fáciles de administrar como la famosa píldora anticonceptiva, prohibida y denostada por la sociedad bien pensante. Quedaba, también, como último recurso, el aborto, tipificado como delito, que se empezó a reclamar como un derecho de las mujeres. El libre acceso a la píldora, el divorcio y el derecho al aborto fueron demandas del movimiento feminista, que se desarrollaría en la década siguiente. La maternidad debía dejar de ser una fatal consecuencia de la sexualidad, para ser una opción consecuente con la libertad y la responsabilidad.

Otros efectos de los cambios en los papeles tradicionales fueron luchar contra la hipocresía y la pudibundez y, para escándalo de timoratos, exhibir los cuerpos con la ayuda de los cambios en la moda femenina, pero sobre todo, la entrada de las mujeres en el mundo laboral, tanto para contribuir al sostén económico de la familia, como para dotarse de fondos propios que les permitieran vivir en caso de romperse la familia o la relación de pareja o de vivir de forma independiente. Las mujeres dejaban de depender económicamente de los hombres, se libraban de tener que aceptar de manera obligada la función de amas de casa y podían ejercer una profesión como un componente importante de sus vidas. Lo difícil sería hacer compatibles las labores de trabajadoras y de madres, contradicción que hasta ahora no está bien resuelta, pero el desafío quedó planteado desde entonces.

Las mujeres se habían cansado de estar detrás de todo -ya no había que buscar su labor callada detrás de las grandes acciones de los hombres- para dar un paso, o un millón de pasos al frente, y ponerse delante para impulsar un cambio, que en las

décadas siguientes habría de agitar todo tipo de sociedades.

En Europa, el movimiento feminista, cuyo desarrollo corresponde a la década siguiente, seguirá los pasos de las pioneras Olimpia de Gouges ("Declaración de Derechos de la Mujer y de la Ciudadana") y Mary Wollstonecraft ("Vindications"), pasando por Luisa Michel, Pauline Roland, Flora Tristán, Emmeline y Sylvia Pankhurst y tantas otras, hasta acabar en las coetáneas Simone de Beauvoir ("El segundo sexo"), Evelyn Sullerot y Gisèle Halimi.

En Estados Unidos las feministas que tomaron el testigo de pioneras como Sojourner Truth, Elizabeth Cady Stanton, Lucrecia Mott o Emma Goldman, fueron, entre otras, Betty Friedan (*La mística de la feminidad*), Gloria Steinem, Kate Millet (*Política sexual*), Robin Morgan (*La hermandad es poderosa*) y Angela Davis.

Dirigentes y masas.

La rebelión juvenil tuvo un gran componente libertario, antiautoritario, animado por un claro deseo de desobedecer a las instituciones, cualesquiera que estas fueran, por la desconfianza que provocaban tanto políticas -gobierno, partidos, sindicatos, parlamento, ejército, fuerzas de orden público-, como económicas, empresariales o universitarias, rechazo que alcanzaba incluso a la familia.

La sociedad había cambiado notablemente, habían crecido la producción y el consumo, había aumentado la riqueza, pero no habían mejorado el reparto y las oportunidades en la medida en que los jóvenes lo exigían. Los cambios en el neocapitalismo introducidos por la revolución tecnológica chocaban con unas estructuras institucionales cerradas y esclerotizadas, que eran incapaces de atender esas demandas.

Sin embargo, además de líderes opuestos al poder establecido o claramente insurgentes, como Fidel Castro, Patricio Lumumba, Ché Guevara, Ben Bella, Camilo Torres, Martin Luther King, Malcolm X, Bobby Seale o Huey Newton, hubo dirigentes

políticos de talla internacional, que, no sólo por su edad ante los venerables ancianos que gobernaban al comienzo de la década (De Gaulle, Eisenhower, Adenauer o Leone; además de Franco y Oliveira Salazar), llevaron a sus países y al mundo aires de cambio que tuvieron eco entre la juventud, aunque no por mucho tiempo, bien porque su mandato fue breve o porque su proyecto se agostó. Es el caso de John F. Kennedy, en los Estados Unidos (*la nueva frontera*), Nikita Krushev en la URSS (desestalinización), Alexander Dubcek en Checoslovaquia (socialismo de rostro humano), el papa Juan XXIII (el Concilio Vaticano II) o de Mao Tse Tung, en China (la revolución cultural).

El fracaso de esos intentos reformistas reforzó la desconfianza juvenil hacia las instituciones representativas y el modelo de viejos partidos políticos y sindicatos, considerados ya como elementos del sistema; en el futuro las cosas debían hacerse de otra manera. Y, en cierto modo así fue, pues la parte más radical apostó por organizaciones encuadradas, centralizadas, con militancia muy estricta, de tipo leninista (algunas de ellas precursoras de grupos armados), mientras otra optó por configurar asociaciones más laxas. Los llamados nuevos movimientos sociales ensayaron modelos de organizaciones de masas de tipo horizontal, democrático y asambleario, más abiertas a la colaboración según la voluntad de sus adherentes.

El final de la utopía

En uno de sus libros más conocidos, Marcuse afirmaba la posibilidad de realizar materialmente algunos de los sueños más persistentes de la humanidad: *Hoy día podemos convertir el mundo en un infierno; como ustedes saben, estamos en el buen camino para conseguirlo. También podemos transformarlo en todo lo contrario (...) Con las fuerzas productivas técnicamente disponibles hoy ya es posible la eliminación material e intelectual del hambre y la miseria, y lo que hoy ocurre debe*

atribuirse a la organización socio-política de la Tierra (...) Las posibilidades llamadas utópicas no son en absoluto utópicas [1968. *El final de la utopía*, Barcelona, Ariel].

Pero la utopía, en 1968, en los años sesenta, no se realizó; fue el fin de los sueños: el fin del sueño americano, desvelado internamente por la revueltas y en el exterior por el curso de la guerra de Vietnam, y fin del sueño soviético, pues, tras las experiencias de Praga en 1948, de Berlín en 1953, de Budapest en 1956 y de nuevo en Praga, en 1968, el intento de cambiar el sistema socialista desde dentro volvió a fracasar; el sistema soviético devino irreformable; no fue posible un "socialismo de rostro humano", liberado de la férrea mano del poder ruso.

La invasión de Praga desencadenó otra división dentro del campo comunista, entre los defensores y los detractores del experimento de Dubcek, crisis que en los países de Europa occidental preparó el camino al "eurocomunismo".

Veinte años después, el sistema soviético se desplomó por su propia inercia, como un árbol con las raíces podridas sacudido por el viento, pero el mal ya estaba hecho.

En China, la revolución cultural fue la última movilización izquierdista, pues con la muerte de Mao, en 1976, y el proceso de la banda de los 4 -su esposa Chiang Ching y sus más íntimos seguidores- empezó un cambio, dirigido por el pertinaz Deng Xiao Pin, hacia un despótico capitalismo de Estado, que generó una nueva decepción en una izquierda ya en crisis.

La rebelión se apagó, la revolución que algunos esperaban no llegó, sino que se alejó de los países desarrollados de Occidente, como un lujo que las sociedades acomodadas no se podían permitir; quedó para el tercer mundo, serían las revoluciones exóticas que servirían de inspiración a los partidos de la izquierda radical en los años setenta.

No hubo revolución, pero sí mucha rebeldía; el 68, como condensación de una

época, fue un colosal empujón que influyó en la evolución de las sociedades induciendo cambios lentos, costosos, pero constantes.

La izquierda de entonces, al menos una parte de ella, interpretó los sucesos de la década, condensados en los de 1968, como un principio, y albergaba la ilusión de que la movilización se mantendría, pues anunciaba, según algunos, el final del capitalismo en agonía, en su última y definitiva crisis. No hubo recuperación del movimiento; era el final de una utopía, que preparaba el comienzo de otra.

Si el 68 expresaba la confianza de levantar un mundo mejor -más igualitario, más solidario, más libertario, más democrático, más humano-, la llamada "revolución conservadora", promovida por Ronald Reagan y Margaret Thatcher, llegó para eliminar cualquier expectativa de cambio en tal sentido y volver a dejar las cosas como estaban durante los años cincuenta, la etapa oscura (Marty Jezer, *The dark ages. Life in the United States 1945-1960*, South End Press, Cambridge, Massachusetts, 1987). Vino para recalcar que hay que acostumbrarse al mundo tal como es -brutal, injusto, desigual y despiadado- donde los más fuertes, que suelen ser los más ricos, imponen sus condiciones al resto, y que no hay alternativa; llegó para quitar a los pobres cualquier esperanza de cambio.

La "revolución conservadora" fue la reacción de la derecha política y económica mundial a la oleada de insubordinación social de los años sesenta; el castigo aplicado con la imposición, en algunos países *manu militari*, en otros *manu mercatori*, de la utopía de un nuevo orden mundial sostenido por el individualismo patológico, la competencia general, el capitalismo salvaje, la globalización económica y sobre todo financiera, el Estado mínimo y el Mercado máximo.